



CUCAÑA



# La leyenda del Cid

**AGUSTÍN SÁNCHEZ AGUILAR**

VICENS VIVES - EJEMPLAR DE MUESTRA - PROHIBIDA SU COMERCIALIZACIÓN



VICENS VIVES

VICENS VIVES - EJEMPLAR DE MUESTRA - PROHIBIDA SU COMERCIALIZACIÓN

# La leyenda del Cid

**AGUSTÍN SÁNCHEZ AGUILAR**

Ilustraciones **ÁLEX HERRERÍAS**

Notas y actividades **AGUSTÍN SÁNCHEZ AGUILAR**



 Vicenc Vives

## Índice

Rodrigo	9	Castejón	91
La ley del honor	14	Un lugar donde vivir	93
Justicia	19	Alcocer	95
El Cid	23	Tamín se enfada	98
Ojos tristes	26	El sitio de Alcocer	101
El séptimo día	28	La batalla de Alcocer	103
Un milagro	33	Demasiado pronto	108
El mejor castigo	37	Don Ramón se queda a cenar	111
Últimas voluntades	39	Un lugar en el mundo	115
Sangre en las manos	41	Un favor	117
Amor y miedo	42	Gente de bien	123
Golpejera	43	Valencia está en juego	125
El contraataque	49	Algo más	130
La muerte reina en Zamora	51	Demasiado jóvenes	133
Vellido Dolfos	54	Una fiera suelta	135
Un rey asesino	62	Muerte segura	139
Santa Gadea	65	Veneno	142
Calumnias	72	Abengalbón	145
La partida	74	La afrenta de Corpes	149
Puertas cerradas	76	Un sombrero en el agua	153
Las riquezas del Cid	78	Una carta	155
Dos arcas llenas de oro	82	Un corazón herido	156
Cardeña	87	Tres duelos	167
La esperanza	90	Tierra quemada	171
		Un rostro helado	175
		La última batalla	177
		Pisadas en la nieve	181
		Actividades	185

## Presentación

Corría el siglo XI cuando un guerrero llamado Rodrigo Díaz se lanzó a los campos de batalla y asombró a todo el mundo con su astucia y su coraje. Se dice que había nacido en Vivar, cerca de Burgos, y nos consta que en poco tiempo se convirtió en uno de los hombres más admirados de su época. Como les sucede a menudo a los héroes, Rodrigo Díaz se ganó un sobrenombre que lo engrandecía: se le empezó a llamar *el Cid* y también *el Campeador* y también *el Cid Campeador*. Puesto que Rodrigo Díaz era un hombre de carne y hueso y sus proezas formaban parte del devenir de España, los cronistas se encargaron de relatar su vida en documentos históricos. Al mismo tiempo, debieron de empezar a circular canciones populares sobre el personaje, que alabarían su bravura y gentileza, pero que no han llegado hasta nosotros porque nadie se tomó la molestia de ponerlas por escrito. Sí conservamos, casi por milagro, un magnífico cantar de gesta protagonizado por el Cid que se compuso hacia el año 1200 y que divulgaron los juglares al son de sus humildes instrumentos de cuerda. Esa obra extraordinaria, que quizá nunca tuvo título, es conocida por el nombre de *Cantar de mio Cid* y cuenta episodios relacionados con la edad madura del héroe: su amargo e inmerecido destierro, su arrollador avance militar desde Burgos hasta el Mediterráneo, su sorprendente conquista de Valencia y su sangrienta disputa con los jóvenes e indignos infantes de Carrión. El *Cantar* combinaba hechos

históricos con episodios puramente legendarios y se encargó de ensanchar, a golpes de ficción, la gloria ya enorme de Rodrigo Díaz.

Encandilados por la belleza del *Cantar*, a menudo olvidamos que la Edad Media nos dejó otras obras literarias sobre el Cid. El *Cantar* no narra, por ejemplo, el duelo que Rodrigo mantuvo siendo joven con el padre de su amada Jimena, ni la amistad que trabó con un leproso camino de Galicia, ni la asombrosa victoria que les arrancó a los moros cuando ya estaba muerto, episodios que sí se cuentan en crónicas, romances, dramas y otras fuentes literarias datables entre los siglos XII y XVII. Picoteando en ese abundante material, tan variopinto, escribí en 2006 *La leyenda del Cid*, una novela que relata al completo la vida imaginaria del héroe, desde la alegría de su nacimiento al luto por su muerte. Mi propósito fue explicar los ires y venires del Campeador con las herramientas propias de un narrador de nuestro tiempo, así que amplifiqué con cierto ropaje novelesco lo que las viejas fuentes contaban de manera escueta, ajena a todo sentido del suspense y a menudo con poca emoción. Las descripciones y diálogos que agregué al material de partida me sirvieron, entre otras cosas, para darles cierta profundidad a los personajes, para recrear escenarios que evocaban tiempos antiguos y para incrementar en lo posible la densidad humana de la historia.

Casi veinte años después, la novela se sigue leyendo, y eso me ha animado a remozarla a fondo. En esta nueva edición, la narración es algo más breve, se segmenta en capítulos más cortos y avanza con mayor agilidad. He prescindido de algunas descripciones que me parecían morosas y he aligerado más de un pasaje añadiendo diálogos que no estaban en la primera versión.

Asimismo, he depurado el lenguaje de ciertos lirismos que resultaban prescindibles y de unos cuantos rodeos innecesarios que enmarañaban la prosa. No obstante, se conservan algunos giros solemnes cuyo fin es recrear el tono grave propio de la épica tradicional, porque entiendo que eso es lo que nos pide la historia del Cid. El héroe de Vivar es, desde luego, más humano que Aquiles y que otros protagonistas de la épica antigua, pero los juglares de hoy, como los de ayer, todavía nos invitan a arrojarnos delante de los héroes y a mirarlos con arrobos, aunque esos héroes, en vez de luchar con espadas de acero, orbiten en naves espaciales alrededor de la Estrella de la Muerte o tengan superpoderes heredados del planeta Krypton.

*Agustín Sánchez Aguilar*

VICENS VIVES

# La leyenda del Cid

AGUSTÍN SÁNCHEZ AGUILAR

*Rodrigo*

Dicen que cada vez que nace un héroe la tierra tiembla de pura alegría y el cielo de la noche se ilumina con un sinfín de estrellas nuevas. Pero debe de ser una leyenda de esas que cuentan los malos juglares, porque cuando nació el Cid Campeador no hubo prodigios ni en la tierra ni en el cielo. El sol salió y se escondió como siempre, el agua de los ríos bajó con calma y no hubo sacudidas que agrietaran el campo. El pequeño Rodrigo llegó al mundo como un niño cualquiera. Apenas lloró al nacer, y salió del vientre de su madre mirando alrededor con la serenidad de un adulto. Cuando su padre lo abrazó, sintió con fuerza el orgullo de la sangre. El corazón le dijo que aquel recién llegado estaba destinado a convertirse en leyenda. Y no se equivocó. El corazón de un padre rara vez se equivoca.

Rodrigo pasó su infancia en Vivar, cerca de Burgos. La aldea, tan pacífica, parecía el lugar perfecto para crecer. Pero a Rodrigo le sabía a poco. Quería ser guerrero, como su padre, y en Vivar permanecía al margen del choque de las espadas y el zumbido de las flechas. Cuando don Diego dejaba su casa para sumarse al rey en algún combate, el hijo preguntaba si podía acompañarlo. Don Diego sonreía.

—Eres muy niño, Rodrigo —le contestaba siempre.

Rodrigo insistía. Miraba a su padre con ojos de súplica, se aferraba a su pie, ya metido en el estribo, y seguía al caballo cuando iniciaba el trote. A don Diego lo entusiasmaba aquel espíritu

guerrero, tan precoz. En aquella España dividida entre moros y cristianos, empuñar la espada era la mejor manera de ganarse la vida y rozar la gloria. Pero la guerra era cosa de mayores. Rodrigo tendría que esperar. Cuando el padre regresaba, a veces tras varios meses de ausencia, el niño lo miraba fascinado. Don Diego traía la cara tostada por el sol, las botas salpicadas de barro, las manos agrietadas y cruzadas de heridas. Olía a sangre y hierro, como huele la guerra.

Por lo demás, Rodrigo era voluntarioso y tenía buen carácter. Nunca daba problemas. Madrugaba si había que madrugar, rezaba en la hora del rezo y aprendió rápido el latín. Desde niño, decidió volverse duro, pues sabía que el buen guerrero no es el que acomete con más furia, sino el que muestra más aguante. Pelear, a menudo, es resistir. Una mañana, cuando Rodrigo tenía diez años, su padre le puso una mano en el hombro.

—Prepara tus cosas —le dijo—. Mañana te vas a Burgos. Serás el paje<sup>1</sup> de don Sancho.

Don Sancho era el hijo del rey.<sup>2</sup> Estaba a punto de cumplir veinte años cuando Rodrigo entró a su servicio. Era un joven alto, corpulento, impetuoso. Si se enfadaba, se volvía temible. Había nacido para mandar y contaba con ser obedecido a la primera. Tenía poca paciencia, y a menudo resolvía las cosas por las bravas. Rodrigo, al verlo por primera vez, se sintió intimidado.

<sup>1</sup> paje: criado joven que asistía a un señor de la nobleza o la realeza.

<sup>2</sup> Aunque la mayor parte de los sucesos que relata *La leyenda del Cid* son ficción, en la obra aparecen numerosos personajes históricos, como el propio Rodrigo Díaz, al que apodaban *el Cid Campeador* por razones que se descubrirán más adelante. Siendo joven, Rodrigo entró al servicio de don Sancho, hijo mayor de Fernando I el Grande (1016-1065), el rey que mandaba sobre León y Castilla.



## *La ley del honor*

Una tarde, estando en Vivar, Rodrigo vio que su padre volvía de Burgos con cara de preocupación. Para entonces, ya hacía tiempo que don Diego había dejado el oficio de la guerra. Los años le habían llenado la cabeza de canas y habían entorpecido sus andares. Ahora, su trabajo consistía en aconsejar al rey. Dos veces por semana, acudía a palacio y se reunía con don Fernando. El rey confiaba a ciegas en el criterio de don Diego. Escuchaba sus opiniones con la máxima atención, y solía decir que los consejos de don Diego eran impagables. Sus palabras estaban hechas de aire, pero valían más que el oro y que la plata.

Aquella tarde, don Diego ni siquiera saludó a su hijo. Parecía desganado. Pasó al salón, se sentó y clavó la vista en el suelo. Permaneció en silencio largo rato. Luego, como si despertara de golpe de un sueño, dijo:

—¡Ven aquí, Rodrigo!

Rodrigo entró en el salón. Entonces su padre lo miró fijamente. Rodrigo lo notó muy apenado. Poco a poco, como si debiera echar mano de una fuerza que ya no tenía, don Diego se levantó de la silla, caminó hacia su hijo y le agarró una mano. A Rodrigo todo le pareció algo raro, pero no dijo nada. De pronto, don Diego hizo algo sorprendente, insólito, inexplicable: levantó la mano de su hijo, se la acercó a la boca y le mordió el dedo corazón.



El mordisco fue atroz. Rodrigo pensó que su padre había enloquecido. ¿A qué venía aquello? ¿Por qué le hacían daño? Los dientes atravesaron la piel y se hundieron en la carne lo mismo que un cuchillo. Cualquiera otro habría apartado el dedo de un tirón. Pero Rodrigo permaneció donde estaba, sin protestar, sin decir ni una palabra, sin mover un músculo. El sueño de su vida era convertirse en guerrero, y había aprendido que los guerreros no deben quejarse. Cuando don Diego abrió por fin la boca, el dedo de su hijo apareció rojo de sangre. Rodrigo miró a su padre con fiereza. Con voz recia, a la vez rabiosa y contenida, exclamó:

—Juro que si no fuerais mi padre, ¡pagaríais caro lo que acabáis de hacer!

Al oír aquello, a don Diego le cambió el semblante. Una luz de esperanza le aclaró la mirada.

—¿Y cómo me castigarías? —preguntó.

—Con una buena cuchillada.

Don Diego respiró hondo.

—Sécate esa sangre y siéntate —dijo.

Rodrigo salió a por un pañuelo, se envolvió el dedo y regresó. Entonces se sentó frente a su padre y lo miró en silencio, como estudiándolo. De repente, los dos, que tanto se querían, parecían enemigos.

—Esta mañana he sufrido una humillación horrible —dijo don Diego con la voz rota por el dolor, y acto seguido hizo una pausa para recomponerse—. Estaba en palacio, con el rey. Habíamos acabado de despachar, y nos dedicábamos a bromear sobre cosas de poca importancia. De pronto, ha aparecido el conde de Orgaz y ha empezado a insultarme.

Rodrigo conocía al conde de Orgaz. Era un hombre antipático, de trato difícil. Hablaba apretando los dientes, con desdén, y miraba a los demás por encima del hombro. Venía de una familia de alta alcurnia y le gustaba presumir de su linaje.

—¿Y por qué os ha insultado? —preguntó Rodrigo.

—Porque sí. El conde me desprecia, eso es todo, porque él es conde y yo no soy más que un infanzón. Y, como me desprecia, se siente con derecho a insultarme.

—¿Y el rey no os ha defendido?

A don Diego le tembló la barbilla.

—No —dijo—. En cierto momento, el conde...

La voz de don Diego volvió a quebrarse. Había llegado a la parte más difícil de su relato, y se sentía incapaz de seguir. Pero Rodrigo no necesitó escuchar el resto de la historia. Como conocía bien a su padre, pudo adivinarlo.

—¿El conde os ha golpeado? —dijo.

Don Diego respondió que sí con la cabeza. Volvió un poco la cara hacia la derecha para que se le viera bien la mejilla. Estaba roja. Si uno se fijaba un poco, podía reconocer los cinco dedos del conde. El bofetón había sido brutal.

Rodrigo apretó los puños. Se levantó de golpe de la silla. Una llamarada de rabia encendió sus ojos.

—¿Comprendes ahora por qué te he mordido? —dijo don Diego.

Lo comprendía, sí. Su padre había querido ponerlo a prueba. Deseaba averiguar si Rodrigo tenía la entereza que exige la venganza. Y la tenía, no había duda. Para castigar al conde como se merecía, Rodrigo no solo iba a necesitar fuerza: iba a hacer falta, por encima de todo, que fuese capaz de controlar sus ímpetus.

Porque tenía que descargarlos únicamente en el momento preciso. Don Diego vio claro que su hijo podía vengarle. Bajo las maneras tranquilas del muchacho se escondía un volcán en erupción. Rodrigo era un guante de seda que envolvía un puño de hierro.

—Os vengaré, padre, lo juro —dijo Rodrigo, y salió de casa.

Mientras cabalgaba hacia Burgos, sintió un escalofrío que le cruzó el alma. Ahora, Rodrigo tenía el deber de devolverle a su padre la dignidad perdida. El conde había manchado la honra de don Diego y la honra solo se podía limpiar de una manera: con sangre. Rodrigo tenía que buscar al conde de Orgaz, tenía que encontrarlo y tenía que retarlo en un duelo. Y luego, por supuesto, tenía que darle muerte.

VICENS VIVES

## *Justicia*

Era mediodía. El sol se encontraba en lo más alto del cielo y el palacio real estaba en calma. Lo único que se oía era el zumbido de las moscas. De pronto, una muchacha apareció por el camino que llevaba a palacio. Tendría trece o catorce años, llevaba el pelo suelto y venía vestida de luto. Caminaba deprisa, hablando sola, maldiciendo entre dientes. Cuando llegó al palacio, los guardias le cerraron el paso. La muchacha les plantó cara.

—¡Vengo a ver al rey! —dijo.

—No es hora de audiencia. Os atenderá otro día.

—¡Me atenderá hoy! ¡Es su deber! ¡Tiene que escucharme!

La muchacha era alta y delgada. Tenía los ojos del color del roble y un hoyuelo gracioso en la barbilla. El rey oyó sus gritos y preguntó qué estaba pasando. Habían empezado a explicárselo cuando la muchacha se coló entre los dos guardianes y se plantó en el salón donde estaba el rey.

—¡Justicia, Majestad, pido justicia! —dijo poniéndose de rodillas ante don Fernando—. ¡Rodrigo Díaz ha matado a mi padre!

Se llamaba Jimena y era la hija del conde de Orgaz. El rey nunca había oído su voz, pues siempre la había visto en compañía de su padre, y las mujeres, en aquel tiempo, no debían hablar delante de los hombres. Jimena le había parecido recatada y discreta, casi invisible. Ahora, en cambio, se había vuelto im-

petuosa y atrevida. Era como si el destino le hubiese robado de repente la infancia. Pero el dolor es así: cambia a la gente de un día para otro.

—Escúchame, Jimena —dijo don Fernando—, tu padre hizo algo muy grave. Abofeteó a don Diego, lo humilló, manchó su honra. ¿Qué podía hacer su hijo? Tenía el deber de defender el honor de su familia...

Jimena levantó la cabeza y miró fijamente al rey. Con voz furiosa, preguntó:

—¿Me estáis diciendo que os parece bien que Rodrigo Díaz haya matado a mi padre?

El rey se sintió algo intimidado. Aquella niña huérfana parecía más fuerte que él.

—Rodrigo no hizo más que obedecer la ley del honor —argumentó don Fernando—. Cumplió con su deber, y no podemos reprochárselo.

—¡No quiero palabras, quiero justicia! ¡Matad a Rodrigo, colgadlo de una almena, ahorcadlo en mi presencia, quitadle la vida! ¡Es lo justo!

—Rodrigo no está en Burgos. Ha salido de Castilla.

—¿O sea que ha huido? ¡Menudo cobarde!

Rodrigo, en efecto, había abandonado Castilla para internarse en los reinos del sur, donde mandaban los moros. De haberse quedado en Burgos, los amigos del conde lo habrían buscado para darle muerte.

—No hará falta que mate a Rodrigo —explicó el rey—, porque morirá solo, más pronto que tarde. Su padre lo ha nombrado capitán de



una tropa, y la guerra no tiene piedad con los aprendices. En la primera escaramuza,<sup>1</sup> le cortarán el cuello.

—¡Quiera Dios que a estas horas ya esté muerto! —replicó Jimena—. ¡Y que los cuervos le arranquen los ojos! ¡Y que los buitres le coman las entrañas!

Lo dijo con tanta rabia que a ella misma le dolió su aspereza. Hasta ese momento, Jimena había logrado aguantarse las lágrimas, pero ya no pudo retenerlas más, así que se tapó la cara con las manos y rompió a llorar. La vida era extraña, imprevisible y confusa: lo había sospechado muchas veces pero ahora lo tenía más claro que nunca. Hasta hacía menos de una semana, Jimena miraba a Rodrigo con muy buenos ojos. Le parecía un muchacho discreto, tranquilo, amable, de los que se hacen querer por los que lo conocen. Más de una noche, había soñado con él. Hasta se preguntó a sí misma si no estaría enamorada. Así que ahora la vida le había hecho a Jimena una trastada enorme, pues le había obligado a odiar al mismo muchacho que tanto le gustaba, y ya se sabe que el amor y el odio no pueden vivir juntos en un mismo corazón.

---

<sup>1</sup> escaramuza: batalla de poca importancia.

*El Cid*

—¡Adelante! —gritó Rodrigo.

Se lo dijo a sus hombres, a los cincuenta soldados que formaban su hueste.<sup>1</sup> Don Diego lo había puesto al frente de aquellos guerreros para que Rodrigo se buscara la vida en el sur, luchando contra los moros. Al oír la orden, la tropa se puso en marcha y bajó la colina a todo galope. Los cincuenta hombres conocían bien lo que estaba en juego, porque sabían de la guerra más que nadie. Su misión era tomar la villa que veían enfrente. Rodrigo había decidido atacarla por sorpresa, así que la hueste había pasado un rato escondida en una arboleda cercana. Ahora iba a irrumpir de pronto en la villa. Las puertas de la ciudad estaban abiertas y los moros no tuvieron tiempo de prevenirse. Cuando quisieron darse cuenta, ya tenían las espadas del enemigo en la garganta. No hubo resistencia. En menos de media hora, Rodrigo se convirtió en dueño de una villa. El rey que mandaba en la población era un joven de ojos negros y aljuba<sup>2</sup> plateada. No tendría más de veinte años. Al ver a Rodrigo, se echó a sus pies.

—¡Tened piedad, por Alá! —suplicó—. ¡Soy joven para morir! ¡Haré lo que me pidáis! ¡Concededme vuestra misericordia! ¡No me matéis, por favor!

---

1 **hueste**: ejército.

2 **aljuba**: túnica larga y ancha que llegaba hasta los tobillos y solían usar los musulmanes.

Rodrigo callaba. Sabía que al poderoso le conviene hablar poco, porque el silencio nos hace parecer más prudentes, más sabios, menos frágiles.

—No pretendo mataros —dijo al fin—. Me haréis más servicio vivo que muerto.

En los cuatro días siguientes, Rodrigo tomó otras cuatro villas, siempre por sorpresa. Cinco reyes moros acabaron en su poder. Una mañana, Rodrigo los reunió a los cinco y les dijo:

—¿Queréis salvar la vida?

Los cinco reyes estaban temblando de miedo. Sin dudarlo un instante, respondieron que sí.

—Entonces debéis viajar a Burgos —prosiguió Rodrigo—, presentaros ante el rey Fernando y jurarle obediencia.

La gratitud de los cinco reyes fue infinita. Se humillaron cien veces, y cien veces besaron los pies del joven Rodrigo.

—¡Mil gracias, *sidi* —decían—, y que Alá os bendiga por vuestro gran corazón!

*Sidi*, así lo llamaron. Era la palabra árabe para decir ‘señor’, la que se aplica al que manda y se hace respetar. Para muchos, desde aquel día, Rodrigo el de Vivar dejó de ser Rodrigo y empezó a ser el *Sidi*. La leyenda del Cid empezaba a echar raíces.

## Ojos tristes

Aquella noche, cuando acamparon, Rodrigo se sentó junto a la hoguera. Las manos le olían a sangre y hierro. Ahora conocía por fin la verdadera cara de la guerra. Acababa de descubrir que el guerrero no se pasa la vida tocando la gloria, sino que la guerra consiste también en comer poco, dormir al raso, curarse las llagas, esconder el miedo. La guerra duele y fatiga. Y solo algunas veces da la gloria.

Con todo, el joven Rodrigo no podía quejarse. Contaba con una hueste de veteranos que habían aceptado, por pura lealtad a don Diego, ponerse a las órdenes de un chiquillo de quince años, y había tomado cinco villas moras en menos de una semana. Pero, aun así, sus ojos se veían tristes: la pena se lo estaba comiendo por dentro. Uno de sus soldados, que ya peinaba canas, se sentó a su lado y le ofreció un trago de vino.

—Ahora os llaman el Cid —dijo el hombre—. Suena bien.

Rodrigo respondió sin apartar los ojos de la hoguera.

—No suena mal —murmuró sin convicción.

—¿En qué pensáis, don Rodrigo? —preguntó el hombre.

Pensaba en Jimena, como siempre. No conseguía olvidarla. Y eso que lo intentaba todos los días. Pero cuanto más empeño ponía en sacársela de la cabeza, más se le clavaba su imagen en el alma. Siempre había pensado que Jimena no estaba a su alcance, pero, aun así, confiaba en que algún azar inesperado la pusiera en

su vida. Ahora esa esperanza estaba muerta. Rodrigo había matado al padre de Jimena y Jimena no iba a perdonárselo nunca.

—Pienso en la guerra, nada más —dijo Rodrigo.

Y, por un momento, pareció que estaba diciendo la verdad.



### *El séptimo día*

Lo estaba viendo con sus propios ojos y, aun así, no lo creía. El rey Fernando tenía delante a cinco reyes moros, vestidos con aljubas y tocados con turbantes. Uno tenía la barba trenzada, otro llevaba un arete en la oreja y todos compartían la misma piel cobriza y el mismo castellano vacilante. Los cinco habían llegado desde el otro lado de la frontera a presentarle sus respetos, los cinco le estaban besando los pies y los cinco contaban la misma historia: que los había derrotado el *sidi* Rodrigo, que el *sidi* Rodrigo les había quitado sus reinos por la fuerza de las armas pero que el *sidi* Rodrigo era tan generoso que les había perdonado la vida.

Cinco reyes moros en una semana: ese era el saldo de victorias de Rodrigo Díaz, el muchacho de Vivar. No estaba nada mal para un chico de quince años... El *sidi* Rodrigo salía a victoria diaria. Otros, con más edad, tenían que conformarse con mucho menos.

La noticia de aquella hazaña insólita corrió por todo Burgos. Jimena, al conocerla, estalló en cólera. ¡Rodrigo seguía vivo! Indignada, se presentó en palacio y se plantó ante el rey.

—¿Así es como hacéis justicia? —protestó—. ¿A qué estáis esperando para ahorcar a Rodrigo?

El rey notó un nudo en la garganta. Desde niño, lo habían educado para tener siempre una respuesta a punto, pero delante

de Jimena las palabras le fallaban. ¿Qué podía decir? No quería castigar a Rodrigo, esa era la verdad, porque le parecía impropio de un rey tratar mal a un guerrero tan valioso como aquel, pero tampoco deseaba alimentar el dolor de Jimena. Aquella muchacha se había quedado sola y merecía la compasión de su rey. Había, desde luego, una manera de compensarla sin castigar a Rodrigo, pero don Fernando no se atrevía a referirse en voz alta a aquella posibilidad. Lo único que conseguiría si lo hacía era multiplicar la indignación de Jimena. Y, sin embargo, al ver a la muchacha allí, tan impaciente, tan dolorida, tan desmejorada por la pena, se dejó llevar por un impulso y dio de pronto el paso que no se arriesgaba a dar.

—¿Sabes, Jimena? —dijo muy lentamente, y entonces se detuvo. Necesitaba tiempo para elegir bien las palabras. Tenía que acertar en el tono y evitar los equívocos. Jimena lo miraba, expectante. No podía defraudarla. No podía herirla—. La ley prevé una compensación para quienes han pasado un trance como el tuyo... —Mientras hablaba, don Fernando estudiaba la mirada de Jimena, tratando de adivinar cómo reaccionaría a lo que estaba a punto de escuchar, pero no consiguió sacar nada en claro, y siguió tanteando en las tinieblas, igual que un ciego en mitad de la noche—. Quizá te suene extraño o te parezca una locura..., pero, si tú lo desearas... —Se hizo un nuevo silencio. El rey respiró hondo, reunió fuerzas y luego soltó el resto de un tirón—: La ley establece que la mujer que pierde a su padre en un duelo de honor tiene derecho a reclamar que el hombre que la ha dejado huérfana...

Jimena se puso en pie de golpe. Antes de que el rey acabara, ella ya había previsto lo que iba a venir, y no estaba dispuesta a

escuchar más. La cólera llameaba en sus ojos. Su indignación se había multiplicado por mil. Se la veía tan furiosa, tan escandalizada, tan despegada del rey y de su propuesta, que parecía im-

posible devolverle la calma.

—¿De verdad estáis pensando en que me case con Rodrigo? —bramó.

El rey se sintió abrumado, confundido por la situación, enojado consigo mismo, maltratado por las circunstancias. Queriendo arreglar las cosas, las había empeorado.

Jimena se marchó sin despedirse. Llegó a casa y lloró tres días seguidos, con la cara aplastada contra un almohadón. De-

ramó tantas lágrimas que se quedó vacía por dentro. Y, en cierto momento, ya no le fue posible distinguir si lloraba por su padre o por Rodrigo, por la propuesta indigna que le había hecho el rey o porque, contra toda lógica, ya no le parecía tan descabellada como en el primer instante.



Cuando dejó por fin de llorar, se pasó otros tres días cavilando,<sup>1</sup> pensando en su futuro, aclarando sus ideas, ordenando el caos de sus sentimientos. El séptimo día regresó a palacio. Parecía otra, más serena y aplacada, dueña al fin de sí misma. Pidió ver al rey. Cuando la dejaron pasar, entró en el salón del trono, se plantó delante de don Fernando y dio su respuesta.

—Me casaré con Rodrigo —fue todo lo que dijo, y luego se marchó.

---

<sup>1</sup> **cavilar**: meditar profundamente sobre algo.

VICENS VIVES

VICENS VIVES - EJEMPLAR DE MUESTRA - PROHIBIDA SU COMERCIALIZACIÓN

# La leyenda del Cid

AGUSTÍN SÁNCHEZ AGUILAR

Ilustraciones **ÁLEX HERRERÍAS**

Rodrigo es un muchacho de quince años y vive en un pueblecito de la Castilla medieval. Un día, a su padre lo humillan de forma cruel y Rodrigo debe asumir la peligrosa tarea de vengar el honor de la familia. El joven, pues, toma una espada y sale de casa dispuesto a vencer o morir. Lo que sigue a ese bautismo de sangre es una asombrosa carrera épica llena de emocionantes batallas y sorprendentes conquistas, retos y milagros, trampas y asedios. Un penoso destierro que le rompe el alma dará un vuelco decisivo a la vida de Rodrigo, a quien el mundo empieza pronto a conocer por un sobrenombre que sabe a gloria: *el Cid Campeador*. Humilde en el triunfo, paciente en la desgracia, sagaz siempre: así es el héroe, que admira por igual a moros y cristianos y acabará por convertirse en toda una leyenda.

*La leyenda del Cid* recrea al completo la vida mítica del famoso héroe castellano, combinando los hechos divulgados por el *Cantar de mio Cid* con otros episodios menos conocidos procedentes de fuentes literarias de la Edad Media y el Siglo de Oro. El resultado es una absorbente novela de aventuras que lleva años conquistando a los lectores y que regresa ahora en una versión mejorada, más breve y ágil, más directa en su estilo, más abundante en diálogos. Las ilustraciones de Álex Herrerías acompañan perfectamente al texto, pues, pese a su profunda modernidad, tienen el vibrante dramatismo que pide la épica clásica.

 Vicens Vives

